

Meditación 5

# El valor de lo OLVIDADO



P. Juan Jaime Escobar Valencia, Sch. P.

COMO SIEMPRE:  
LO URGENTE NO DEJA  
TIEMPO PARA LO  
IMPORTANTE



@QUINO



de repente casi todo se detuvo.

Se detuvo el frenesí de las grandes ciudades y el tránsito pesado de las avenidas se marchó.

Se quedaron vacías las aulas de las escuelas, los pasillos de los colegios y los paraninfos de las universidades.

Cerraron sus puertas los museos y los centros culturales.

Los templos de todas las confesiones cancelaron sus celebraciones y el culto y la oración se trasladaron a los hogares y a los medios de comunicación.

Bajaron las cortinas de sus establecimientos los bares y las discotecas.

Dejaron de atender en la mayor parte de los restaurantes.

Las tiendas que vendían todo lo que no era necesario para vivir, cerraron sus accesos.

Se quedaron en tierra los aviones y aparcados la mayor parte de los autobuses.

Se apagaron las luces de los casinos y se silenciaron las máquinas tragamonedas.

Los parques de diversiones cerraron al público y los pequeños parques de los barrios ya no fueron el lugar de encuentro de los niños.

Los grupos de jóvenes abandonaron las esquinas y los compañeros que se citaban cada día para jugar un partido, se despidieron para confinarse en sus casas.

Se dijeron adiós el novio y la novia y prometieron seguirse encontrando virtualmente hasta que se puedan volver a abrazar y a besar cuando todo esto pase..., si es que pasa.

Se clausuraron las playas y los gimnasios y las piscinas y los saunas y los sitios de alterne y hasta los lugares de pecado.

E incluso los jibaros ya no pudieron salir a vender esas dosis que compraban cada día los adictos o adquirirían los tontos que consideran que una probadita no hace daño y que un "cachito" de vez en cuando no lo vuelve a uno dependiente.

Y hasta los que viven en las calles fueron llevados a un refugio, pues, al fin y al cabo, ya no queda en ellas casi nadie a quien pedir limosna, o a quien limpiar el parabrisas del carro, ni siquiera a quien hurtar un celular o robar una billetera.

De repente todo se detuvo.

Y es entonces cuando nos damos cuenta de que todo lo que se detuvo era urgente; pero no era lo realmente importante. Lo importante era el valor de la vida y, acaso por estar ocupados en demasiadas cosas, quizá lo habíamos olvidado.

Cuenta La Odisea que los hombres de Ulises llegaron a una isla donde les dieron de tomar una bebida hecha de un loto local. Les ofrecieron placeres, emociones, alegrías aparentes, un festín maravilloso, sin darse cuenta que de trago en trago de aquella bebida de loto, olvidaban hacia dónde se dirigían, olvidaban los rostros y los nombres de sus seres amados, olvidaban su propósito y su destino, olvidaban que debían abandonar la isla y navegar hasta Itaca, su hogar. Este mundo nuestro con su ruido y su frenesí, con su ritmo intenso y su gran aparato de posesiones, placeres, dispositivos y entretenimientos, con todas esas relaciones y cosas que nos han hecho sentir que nada nos hacía falta, se nos volvió un veneno hecho de loto que nos puso a existir dando vueltas alrededor de lo que creíamos urgente, olvidando cada vez más lo verdaderamente importante, olvidando nuestro destino y nuestro propósito y nuestro sentido, y los nombres y rostros de los auténticamente amados, y el hogar hacia el que con todas nuestras fuerzas tendríamos que navegar.

Tal vez ahora, ahora cuando todo se ha detenido, cuando nos hemos tenido que quedar confinados en casa, cuando gran parte de esa vida que creíamos normal se ha apagado, nos empezamos a dar cuenta de todo aquello que era inmensamente valioso y que, sin embargo, habíamos olvidado. Acaso nos ha llegado el tiempo para recordar, acaso nos están dando la oportunidad de regresar del olvido al recuerdo.

El amor está hecho de recuerdo. El desamor, en cambio, está hecho de olvido. Amar es mantener vivo el recuerdo, es proteger dentro de nosotros la memoria de lo bello, la presencia constante de lo inefable. El olvido es dejar que el peso del tiempo, de la rutina, del cansancio, de los agobios, del bullicio y de la dispersión, oculten lo valioso y nos disuelvan en lo accesorio e innecesario. Uno olvida su hogar y se marcha a buscar algo pretendidamente mejor fuera. Uno olvida a los seres queridos y se va a buscar otros quereres para intentar llenar con ellos el corazón. Uno olvida la inocencia y se adentra en caminos de extravío. Uno olvida lo esencial y se llena de cosas

suplementarias. Uno olvida su propia dignidad y se degrada, a veces incluso, en nombre de la libertad. Uno olvida la humildad y se llena de soberbia. Uno olvida a Dios, y se queda abrazado a ídolos que no son capaces de salvar el alma.

Amar es recordar. El verbo recordar viene del latín “ricordari”. RE: ir de nuevo, volver, y CORDIS (cardia): corazón. Recordar es volver al corazón, ir de nuevo al corazón, llevar a lo profundo del corazón, mantener en lo hondo del corazón. El olvido saca lo hermoso del corazón y lo arroja al mundo de la nada. El amor, por el contrario, conserva la memoria de todo lo amado en el corazón, porque el amor, el amor verdadero, protege el recuerdo de todo lo que ama. Por eso, Dios nunca olvida. Por eso, Dios siempre recuerda.

«Decía mi pueblo: “me ha abandonado el Señor,  
el Señor me ha olvidado”.  
—¿Puede una madre olvidarse de su criatura,  
dejar de querer al hijo de sus entrañas?  
Pues, aunque ella se olvide, yo jamás me olvidaré de ti.  
Mira, en mis manos te llevo tatuado— dice el Señor.»

(Isaías 49, 14-16a).

No, no, no, no olvidar nunca.  
No olvidar los rostros y los nombres queridos.  
No olvidar los momentos hermosos.  
No olvidar las presencias y los encuentros.  
No olvidar el sentido y el propósito.  
No olvidar la propia belleza y la íntima dignidad.  
No olvidar la humildad y la sencillez.  
No olvidar la esperanza y la fe.

No olvidar el calor del hogar.  
No olvidar la inocencia de la infancia.  
No olvidar las caricias de mi madre.  
No olvidar las risas del verano.  
No olvidar los juegos de los niños.  
No olvidar el primer amor y aquel beso robado.  
No olvidar las lágrimas de ternura y la promesa de entregarlo todo.  
No olvidar el llanto de mi hijo al nacer ni el esplendor de mi hija al cantar.  
No olvidar que el amor nació en un pesebre y murió en una cruz.  
No olvidar que ese amor venció la muerte y nos aguarda en nuestra verdadera Itaca, al otro lado del mar de la eternidad.  
En todo caso, no olvidar.  
Porque vivir es amar y amar es recordar.

Ya que estamos resguardados en casa y con pocas cosas para hacer y que nos recomiendan no saturar las comunicaciones de las que aún disponemos, les propongo un ejercicio de oración para hacer juntos. Tomen un rosario y repasen sus cuentas. Pero en esta ocasión, en vez de Avemarias, por cada cuenta que pasen entre sus dedos, traigan a la memoria un recuerdo y díganlo en voz alta: un nombre, un rostro, un lugar, un libro, un amigo de la infancia, un abuelo que ya no está, un juguete que se extravió, un momento precioso del ayer, un día inolvidable, una canción de amor, un poema que dediqué o me dedicaron, un color, un sabor, un aroma, el perfume de la amada, la risa de una amiga, una montaña, una playa, una película, una travesura inocente, un encuentro sorprendente, un viaje maravilloso, un chiste muy gracioso, una pena superada, una enfermedad de la que se sanó, la presencia de mis hijos, el amor de mis padres, una palabra del Evangelio, una oración, el calor de Dios.

Y así, en medio de esta hora en la que todo se detuvo, no dejes que se detenga tu corazón. Llévate a él lo mejor de tus recuerdos y repasa y repasa todo aquello que una vez olvidaste, y que ahora te das cuenta de que era lo que realmente tenía valor.



Recuérdame, hoy me tengo que ir, mi amor.  
Recuérdame. No llores, por favor.  
Te llevo en mi corazón y cerca me tendrás.  
A solas yo te cantaré, soñando en regresar.

Recuérdame, aunque tenga que emigrar.  
Recuérdame, si mi guitarra oyes llorar.  
Ella, con su triste canto, te acompañará,  
hasta que en mis brazos estés.  
Recuérdame.

Recuérdame, hoy me tengo que ir, mi amor.  
Recuérdame. No llores, por favor.  
Te llevo en mi corazón y cerca me tendrás.  
Recuérdame.»

(Carlos Rivera – Tema de la película “Coco”).



Orden Religiosa de las Escuelas Pías

**ESCOLAPIOS NAZARET**

"Educación en Piedad y Letras"